

Para una lectura entre líneas*

Jordi Doce

No hace mucho, al comentar un libro de entrevistas con E. M. Cioran, Carlos García Gual se demoraba buscando razones a un aparente regreso de la literatura breve, que explicaba en los siguientes términos: «Vivimos tiempos donde lo fragmentario parece más claro y más veraz que las construcciones de largo aliento. Desconfiamos de las exposiciones pretenciosas, y nos gustan las teorías abreviadas y rápidas. Si tienen cierta chispa literaria, tanto mejor. *La urgencia y la pereza recomiendan lo fragmentario, lo breve, lo aguzado*». No es mi intención contradecir a García Gual, ya que en estas líneas no queda claro si el autor enuncia una opinión personal o se limita a describir una situación ya existente y, por tanto, impuesta. Sin embargo, sí encuentro en esta breve cita un error frecuente entre quienes han buscado explicar los atractivos de la literatura breve en términos puramente historicistas o, incluso, sociológicos. Y este error consiste en definir el fragmento como un signo de los tiempos, para luego postular como atributos de la modernidad la urgencia, la rapidez, el consumo acelerado e inconsciente. Se entendería así, por ejemplo, la boga del aforismo: el lector busca en él un alivio rápido, que no exija el esfuerzo denso y continuado de una novela o un tratado filosófico. Obligado por la pereza y la falta de tiempo, el lector tiene en el fragmento un concentrado de excelencias literarias que irradian su efecto benéfico en torno a un breve y frágil instante de lectura.

Como otras muchas argumentaciones de raíz histórica, ésta descubre una verdad a medias. No hay duda de que algunos lectores han buscado en la literatura breve comodidad y urgencia: un contacto rápido que es siempre perezoso. Pero los impulsos y deseos del propio escritor son muy otros, y otorgan al fragmento no tanto una expectativa de lectura como de relectura o, lo que viene a ser lo mismo, de lectura *entre líneas*. En otras palabras: el fragmento, ya sea cuento breve, aforismo o entrada de diario, se basa en una concepción extrema de la escritura como ruptura e interrupción del

* *Eliás Canetti*, Hampstead, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1996, p. 198.

Rafael Argullol, *El cazador de instantes* (Cuaderno de travesía 1990-1995), Barcelona, Ediciones Destino 1996, p. 156.

Julio Torri, *De fusilamientos*, Madrid, *Ave del Paraíso*, 1996, p. 161.

silencio. A partir de aquí, los razonamientos se multiplican: por un lado, el fragmento exige una lectura atenta e irónica, dispuesta a residir en los huecos que potencian y adensan la escritura; es decir, conmina al lector a participar de forma activa en el texto y establecer un diálogo que crece y se despliega con el paso del tiempo. Como afirmara Canetti en uno de sus últimos aforismos: «La auténtica vida del espíritu consiste en re-leer». Por otro lado, la brevedad se presenta como rechazo de los sistemas y los dogmas totalizadores, de los que se aparta para abrazar un escepticismo activo y lleno de interrogantes. Sólo así, en tanto que desconfianza del positivismo decimonónico, sería posible explicar el fragmento como un *signo* de los tiempos. En consecuencia, la palabra impresa se erige como islote entre dos silencios: uno, previo, que postula la inutilidad de la escritura como sistema proveedor de coherencia y lógica racional: otro, posterior, que sirve al lector para tomar residencia en el texto y profundizar en su red de preguntas, vacíos y contradicciones. Sobre estos dos silencios se sustenta la modernidad del fragmento literario, y esa modernidad, que también pudiera llamarse lucidez, no es sino una combinación de nihilismo activo, en el escritor, y optimismo práctico, en el lector.

En cualquier caso, nada más ajeno a la urgencia y la pereza que el fragmento, que procede por saltos, iluminaciones súbitas y sostenidamente intensas. Al contrario de lo que ocurre en una novela o un ensayo extenso, el fragmento no admite altibajos. Es una pedrada que por su misma arbitrariedad y falta de pretensiones se incrusta en el ojo del lector, y pide examen y reflexión. Canetti definía sus aforismos como un modo de respirar, y esta definición apunta a todo lo que de libre e insobornable hay en el escritor de fragmentos: su dicción se basa en el ritmo del aliento, en los movimientos de una respiración natural, intransferible. En esa respiración está su libertad: en ese espacio mínimo abierto por un golpe de aire salen a la luz sus verdaderas preocupaciones, sus preguntas más íntimas. Ese modo de respirar, que articula las mejores líneas de un escritor, es su huella digital. Pero en ninguno se muestra con tanta nitidez como en el autor de fragmentos, pues en cuanto su respiración empieza a prolongarse y confundirse con la de otros, sella sus labios y se refugia en el silencio.

El carácter moderno del fragmento o, dicho de otro modo, su pertinencia dentro del contexto de la modernidad, se sustenta, al fin, en que es una literatura *más allá* de la literatura: Monterroso, Canetti o Blanchot, por poner tres ejemplos diferenciados (y para algunos, de seguro, irreconciliables), son profundos conocedores de la tradición discursiva occidental, a la que han rendido homenaje en sus escritos, pero al mismo tiempo saben, como primera providencia, del carácter único e irrepetible de sus logros. La